

« EL CABALLERO DE ÁVILA » Y LAS FIESTAS ZARAGOZANAS POR LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE SANTA TERESA EN EL SIGLO XVII

SANTA TERESA Y LA LITERATURA CABALLERESCA

En el capítulo segundo del *Libro de la Vida*, Santa Teresa declara su afición juvenil por los libros de caballerías y la presenta como heredada de su madre, de la que dice:

Era aficionada a libros de cavallerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolviémenos para leer en ellos. Y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesava tanto a mi padre que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás. Y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque ascondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embevéa, que, si no tenía libro nuevo, no me parecía tenía contento ¹.

Esta confesión, que ha llevado a la crítica a investigar posibles huellas caballerescas en sus obras ², no descubre nada nuevo y se podría haber evitado en el *Libro de la Vida* por irrelevante, pues

¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, en *Obras completas*, ed. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTGER STEGGINK, Madrid, BAC, 1974, 4ª ed., pág. 30.

² MARCEL BATAILLON, *Santa Teresa, lectora de libros de caballerías*, en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, Gredos, 1964, págs. 21-23, fue el primero en señalar un calco directo en la descripción de Fr. Pedro de Alcántara, para el que la Santa pudo seguir un pasaje de *Las sergas de Esplandián*. VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA, *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona, Ariel, 1978, págs. 51 y sigs., en líneas generales no encuentra en los escritos teresianos muchos vestigios de estas lecturas caballerescas. Un repaso bastante completo de

estos libros eran los que gozaban de mayor éxito allá por 1535 entre el público, incluido el juvenil y, en concreto, el femenino³. Como otras muchas mujeres de la nueva burguesía de su tiempo⁴, con un tipo de cultura general sin estudios regulares, educada en un ambiente de austera piedad pero con inclinaciones heroicas, no es de extrañar su afición por estos libros que tenían en el sexo femenino un público fiel. Así lo demuestran los propios libros de caballerías, muchos de ellos dedicados a mujeres y con personajes o temas de gran interés para ellas; así lo confirman también los inventarios de bibliotecas femeninas, donde figura un buen número de libros de caballerías⁵ o, amén de otros testimonios⁶, las mismas críticas de los moralistas. Era idea generalizada que estos libros desviaban a las

los comentarios que ha suscitado entre la crítica la confesión de la Santa ofrece DANIEL EISENBERG, *La interpretación cervantina del «Quijote»*, Madrid, Compañía Literaria, 1995, nota 62, págs. 26-28. La lista puede completarse con las observaciones de ANTONIO GARROSA RESINA, *Santa Teresa y la cultura literaria de su tiempo: referencias literarias profanas en la obra teresiana*, en *Castilla*, IV (1982), págs. 83-117, quien destaca, en cambio, huellas de otras lecturas profanas en la obra de la Santa. Algunos restos bélicos de los libros de caballerías o de la justa en campo abierto han sido comentados con mucho acierto por AURORA EGIDO, *El águila y la tela: concordancias entre Santa Teresa y San Juan*, en *El Bosque*, 5 (1993), págs. 15-28, para quien, además, Teresa de Jesús “concebía el mundo como lugar lleno de ‘armas para ofender a la triste alma’: y se vio a sí misma rodeada, de lanzas, espadas, dagas y estoques por todas partes, con la única ayuda de Dios en lo alto como defensa”, pág. 27.

³ CARMEN BRAVO-VILLASANTE, *Historia de la literatura infantil española*, Madrid, Doncel, 1983, 4ª ed., incluye estos libros como propios de lecturas juveniles y cita el testimonio de Santa Teresa, pág. 23, y el de Montaigne, para quien estos son “libros en que la mocedad se entretiene”, pág. 24. No obstante para la valoración de esta apreciación, véase NIEVES BARANDA, *¿Una literatura para la infancia en el siglo XVII?*, en A. REDONDO, *La formación de l'enfant en Espagne aux XVIe et XVIIe siècles*, Paris, Publications de la Sorbonne Nouvelle, 1996, págs. 125-139.

⁴ Como recuerda JOEL SANGNIEUX, *Santa Teresa y los libros*, en *Actas del Congreso Internacional Teresiano, 4 -7 octubre, 1982*, II, eds. TEÓFANES EGIDO MARTÍNEZ, VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA Y OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDENAL, Salamanca, 1983, págs. 747-764, Ávila era por entonces una ciudad de ambiente cultural relativamente elevado, por lo que su figura ha de estudiarse en este contexto favorable dentro de un marco general muy desfavorable para las mujeres.

⁵ Para una primera aproximación al tema, véase Mª CARMEN MARÍN PINA, *La mujer y los libros de caballerías: notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino*, en *Revista de Literatura Medieval*, III (1991), págs. 129-148; C. BIASCIOLI, *La culture delle donne nei libri de caballerías del XV e del XVI secolo*, en *Igitur*, 5 (1993), págs. 73-83.

⁶ Por ejemplo, el alquiler de libros, práctica habitual también entre las mujeres como

doncellas de la lectura de otros libros más edificantes y piadosos, como recuerdan Francisco Cervantes de Salazar, Alejo Venegas, o Gonzalo de Illescas, por citar sólo algunas de las críticas lanzadas en tiempo de la Santa ⁷. En la misma línea se sitúa la literatura ensayística (epistolarios, tratados, discursos) sobre las mujeres en el siglo xvi, especialmente los textos de Erasmo, Antonio de Guevara, Francisco de Osuna y Pedro de Luján. Unos y otros tratan el tema de las lecturas femeninas desde una perspectiva moral y pedagógica, proponiendo para las doncellas recogidas en casa la lectura de obras de devoción, los libros contemplativos y las vidas de santos, un género que García de la Concha llega a parangonar por su heroicidad y por una actitud de supremo dominio y trascendencia de la coyuntura con los libros de caballerías a lo divino ⁸. La ficción en general queda excluida del programa de formación diseñado para ellas, del modelo ideal de 'lectora de la época' perseguido por los moralistas.

Es decir, y como nos había avisado Isern, la construcción de la 'lectora' por los moralistas, ha sustituido a la lectora real, empírica de la época ⁹.

evidencia el testimonio de esas 'damas de la corte' que allá por 1567 alquilan el *Caballero del Febo* "por doze reales que se han de pagar a barrendero Pedro de Valdivielso", según consta en los recibos de gastos fechados en el Alcázar madrileño comentados por FERNANDO BOUZA, *Leer en palacio: de Aula Gigantium a Museo de Reyes sabios*, en *El libro antiguo español*. III. *El libro en palacio y otros estudios bibliográficos*, eds. M^a LUISA LÓPEZ VIDRIERO y PEDRO M. CATEDRA, Salamanca, Sociedad Española de Historia del Libro, 1996, págs. 29-42, pág. 41. Práctica de la que también da cuenta MATEO ALEMÁN en el libro tercero de la segunda parte de su *Guzmán de Alfarache*, ed. FRANCISCO RICO, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 787.

⁷ Todas ellas las recoge ELISABETTA SARMATI, *Le critiche ai libri di cavalleria nel cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul seicento un'analisi testuale)*, Pisa, Giardini, 1996. A las críticas citadas en dicho estudio pueden sumarse las de Fr. JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *Primera parte de las Excelencias de la virtud de la Castidad*, 1594, especialmente libro cuarto, cap. XIII y sigs., págs. 768 y sigs., donde se comenta, entre otras cosas, el peligro de la juventud derivado de lecturas deshonestas.

⁸ VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA, *op. cit.*, pág. 52. Las vidas de santos tienen un componente novelesco y fabuloso que las equipara de algún modo a estas ficciones. Véase al respecto el comentario de Beatriz en el *Deleitar aprovechando* (1635) de TIRSO DE MOLINA, cuando en la discusión inicial sobre los pasatiempos y recreos honestos explica que poca necesidad tienen de novelas habiendo vidas de santos, "en lo prodigioso de tanta más admiración que en lo fingido, quanto más se aventajan sus verdades a las fábulas, que por mucho que quimericen no las igualan", fol. 3r.

⁹ LOLA LUNA, *Las lectoras y la historia literaria*, en su obra *Leyendo como una mujer la imagen de la mujer*, Barcelona, Anthropos, 1996, págs. 102-137, pág. 114.

Sin embargo, la realidad evidencia que unas lecturas no excluían a las otras y que las mujeres, empezando por la misma Teresa o su madre doña Beatriz Dávila y Ahumada, alternaban unos libros con otros, las obras de devoción con las de ficción. Así lo confirman claramente los inventarios de bibliotecas femeninas vallisoletanas de la segunda mitad del siglo XVI, estudiados por Pedro Cátedra en un trabajo de próxima aparición, en los que figuran en partes proporcionales libros religiosos y libros de caballerías. Con su confesión, Santa Teresa hace el juego a los moralistas y se ofrece a sí misma como víctima de los efectos perniciosos que pueden derivarse de la lectura de estos libros, repitiendo los mismos tópicos esgrimidos por ellos: pérdida de tiempo, pensamientos de sensualidad que hacen saltar su quietud, adquisición de vicios, etc., pero también como una arrepentida redimida por Dios. Santa Teresa asume el discurso de los moralistas sobre las lectoras que desplaza al referente, a la lectora real y empírica de novelas que ella misma fue y al que quizá nunca renunció pese a su medida declaración. Su confesión, tópica en su argumentación, ha de entenderse, por tanto, en su marco adecuado. El *Libro de la Vida* estaba destinado a circular entre un público restringido, integrado por teólogos y dignatarios eclesiásticos, cuyo apoyo podía ser útil frente a la suspicacia de algunos inquisidores. Con estas declaraciones, la Santa se presenta como una gran pecadora, pero en el fondo como una pecadora común, como otras tantas mujeres y hombres atraídos por estos sermonarios del diablo. Si el mal común es consuelo de todos, perfectamente podría haber omitido este dato biográfico por irrelevante, sin embargo lo esgrime a fin de evitar de este modo que el celo de sus posibles detractores le atribuyese otras faltas más graves, como explica Senabre ¹⁰.

Pero su primer biógrafo, el P. Francisco de Ribera, no la presenta sólo como lectora sino también como autora de un libro de caballerías escrito en colaboración con su hermano Rodrigo, el mismo con el que protagonizó su escapada a tierra de moros. Después de repetir el tópico de la entrada demoníaca de estos libros en las casas de las mujeres recogidas y honestas, añade:

¹⁰ RICARDO SENABRE, *Sobre el género literario del Libro de la Vida*, en *Actas del Congreso Internacional Teresiano*, Salamanca, 4-7 de octubre, 1982, II, págs. 765-776, pág. 770.

Diose, pues, a estos libros de caballería sino de vanidades, con gran gusto, y gastava en ellos mucho tiempo; y como su ingenio era tan excelente, así bevió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de cavallerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal, que habría harto que dezir después de él ¹¹.

Este novedoso dato que el P. Ribera añade a la hagiografía de la Santa, y que le sirve para poner de relieve su excelente ingenio, ha de tomarse, sin embargo, con cautela pues si es más que factible que los dos hermanos en colaboración pergeñaran unos folios con una historia caballeresca ¹², tampoco hay que sobrevalorarlo y lucubrar o fabular de ello, máxime cuando otros biógrafos, el P. Yepes, p.e., que también conoció a la Santa en vida, no recogen el dato. Si efectivamente Teresa llegó a componer este libro de caballerías, el primero y el único que no escribió por deseo divino, no hace ningún comentario sobre el mismo, confesión que habría resultado tanto o más condenable que la anterior sobre su condición lectora porque, con la reorientación de lecturas llevada a cabo por los moralistas y autores graves, se le estaba negando a la mujer la práctica discursiva y más la escritura de este tipo de obras de ficción ¹³.

¹¹ FRANCISCO DE RIBERA, *Vida de Santa Teresa de Jesús*, introducción, notas y apéndices del P. JAIME PONS, Barcelona, Gustavo Gili, 1908, págs. 99-100. Silencia, en cambio, el dato, DIEGO DE YEPES en su *Vida, virtudes y milagros de la B. Virgen Teresa de Jesús*, Madrid, Luis Sánchez, 1615.

¹² No resulta extraña la confesión de algunos lectores apasionados del género que se sintieron impulsados a coger la pluma y escribir un libro, empezando por el mismo Alonso Quijano, que en más de una ocasión pensó redactar la cuarta parte de don Belianís (DQ, I, I, 35) o el canónigo toledano, que confiesa tener más de cien páginas escritas de un libro de caballerías (DQ, I, 48, 521). La escritura en colaboración tampoco resultaba extraña, pues así se hace ver que se compusieron el *Palmerín de Olivia* (1511) y el *Primaleón* (1512); según se dice en los versos que cierran ambas obras, las dos fueron escritas por la dueña Augustobriga en colaboración con su hijo. Véase, M^a CARMEN MARÍN PINA, *Nuevos datos sobre Francisco Vázquez y Feliciano de Silva, autores de libros de caballerías*, en *Journal of Hispanic Philology*, XV, 2 (1991), págs. 117-134.

¹³ LOLA LUNA, *art. cit.*, pág. 126. Así se explica la retórica de algunas escritoras, incluida la misma Santa Teresa, que justifican su escritura “por encargo del confesor” o “por deseo divino”. La circulación manuscrita y sobre todo la publicación impresa en 1588 (Salamanca, Barcelona) de las obras de Santa Teresa es determinante, como afirma NIEVES BARANDA, ‘*Por ser de mano feminil la rima*’: de la mujer escritora a sus lectores, en *Bulletin Hispanique*, 100 (1998), págs. 449-473, pág. 453, para la impresión de las obras de otras escritoras hispanas.

Puesto que del paradero de este libro nada se sabe, Efrén de la Madre de Dios cree que la Santa después lo rompió y de haber quedado alguna noticia la tendría el P. Gracián ¹⁴. Sin embargo, algunos críticos posteriores, alentados por las palabras del P. Ribera, se han empeñado en identificar el supuesto libro de caballerías teresiano. Como explica el propio Efrén de la Madre de Dios, el Marqués de San Juan de Piedras Albas, en 1922, “creyó rastrear el tema de aquel libro de aventuras por uno que se compuso en Zaragoza para las fiestas de la beatificación; se intitula *El Cauallero de Ávila. Por la Santa Madre Teresa de Jesús; en Fiestas y Torneos de la Imperial Ciudad de Çaragoça. Poema Heroico por Juan Bautista Felizes de Cázeres*” ¹⁵. Según dicho autor, la trama gira en torno de un episodio sacado de la *Crónica de Ávila* y está protagonizado por el abulense Muño Gil, el Caballero de Ávila, en tiempos de Alfonso VII tras la batalla de Alarcos. El libro que apunta el Marqués de San Juan de Piedras Albas, como reza su título completo, es un poema heroico compuesto en 1623 por el poeta gongorino Felices de Cáceres con motivo de la beatificación y canonización de Santa Teresa, y está inspirado en las fiestas caballerescas con las que la ciudad de Zaragoza honró a la Santa y no en la *Crónica de Ávila* sugerida. Aunque relacionado estrechamente con la Santa, como después se verá, este poema heroico claramente no tiene nada que ver con el supuesto libro de caballerías escrito por Santa Teresa.

Algunos críticos no opinan así y, siguiendo este camino, abundan en el asunto aportando datos de escasa fiabilidad y sembrando más confusión. Marcelle Auclair ¹⁶ probablemente sea una de las primeras en retomar parcialmente los datos citados por el Marqués de San Juan de Piedras Albas, pues en su biografía

¹⁴ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTGER STEGGINK, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1968, pág. 44, nota 6.

¹⁵ MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS, *Elogio de Santa Teresa de Jesús*, Ávila, 1922, págs. 27 y sigs., recogido por Efrén de la Madre de Dios en la obra citada en la nota precedente, pág. 44, nota 6.

¹⁶ MARCELLE AUCLAIR, *La vie de Sainte Thérèse d'Ávila. La dame errante de Dieu*, Paris, Seuil, 1950. Auclair incurre en imprecisiones importantes cuando explica que leía a su hermano pasajes de la *Demanda del Santo Grial*, en concreto los referidos a la entrada de Galaz en la gloria de Dios, y soñaba con este mundo celestial “si on ne lui eût apporté un roman qu'elle désirait fort: l'*Olivante de Laura*”, pág. 31. Difícilmente pudo hacerlo, porque la publicación del *Olivante* es muy posterior, la primera edición aparece en 1564.

novelada de la Santa, después de parangonarla con la supuesta autora del *Palmerín de Olivia*, señala que Teresa y su hermano escribieron un libro de caballerías titulado *El Caballero de Ávila*, protagonizado por un héroe local, un abulense llamado Muñoz Gil, célebre en los anales de su villa natal. A diferencia de otros héroes caballerescos oriundos de Francia, Inglaterra o lejanas tierras, Teresa creó, explica Auclair, un héroe nacional y lo compara a los caballeros Juan Fernández Galindo, Ramiro de Cárdenas y Jorge Manrique citados por Luis de Zapata, cuyos golpes no tenían parangón con los de Amadís. Acabada la redacción después de dos meses, los parientes estimaron la obra como extraordinaria y alabaron la vivacidad de su estilo. Silenciando la existencia del poema heroico zaragozano pero apropiándose de su título, Auclair tergiversa la información, la amplifica, en ocasiones fabulosamente, y completa de este modo la del P. Ribera, otorgando contenido y título al supuesto libro de caballerías de la joven Teresa. Chicharro, Marc'hadour, Gallud o Ruiz Guerrero ¹⁷ son algunos de los críticos posteriores que repiten con mayor o menor precisión estos datos y citan todos ellos el *Caballero de Ávila* como el libro de caballerías escrito por la Santa.

Puesto que la primera y única referencia coetánea sobre este supuesto libro es la que brinda su biógrafo y del paradero del mismo nada se sabe, resulta arriesgado defender su existencia y más aventurar títulos o comentar su contenido. Por ello, a falta de otros datos y para evitar posibles y nuevas confusiones, me gustaría trazar una breve semblanza de *El caballero de Ávila*, el poema heroico de Felices de Cáceres compuesto en el marco de las mencionadas fiestas zaragozanas por la beatificación y canonización de la Santa,

¹⁷ DÁMASO CHICHARRO, ed., *Libro de la vida*, Madrid, Cátedra, 1978, 1987, 7ª ed., pág. 123, repite, aunque casi sin citarla, los datos de Auclair, G. Marc'hadour, *Ressourcement de la chevalerie chrétienne: la militia christiana, selon Erasme, Thomas More et Thérèse d'Ávila*, en *Le Roman de Chevalerie au temps de la Renaissance*, dir. M. T. JONES-DAVIES, Jean Touzot Libraire-Editeur, 1987, págs. 165-192, pág. 184, cita el título sin remitir a ninguna fuente y ENRIQUE GALLUD JARDIEL, *La difusión de las novelas de caballerías*, en *Literatura Hispánica. Reyes Católicos y Descubrimiento. Actas del Congreso Internacional sobre literatura hispánica en la época de los Reyes Católicos y el descubrimiento*, dir. MANUEL CRIADO DE VAL, Barcelona, PPU, 1989, págs. 223-229, pág. 226, atribuye la referencia a Marcel Bataillon sin especificar nada más.

fiestas de las que da también cuenta parcial el poeta gongorino Luis Díez de Aux en su relación en prosa.

VERSOS Y LANZAS EN ZARAGOZA POR SANTA TERESA:
LA RELACIÓN DE DÍEZ DE AUX (1615)

La beatificación (1614) y canonización (1622) de Teresa de Jesús se celebró en toda España con diferentes celebraciones religiosas y festejos de interés literario¹⁸. Las órdenes religiosas se ocuparon activamente de la empresa y movilizaron en muchos casos a la nobleza y al vulgo para implicarlos en su organización y desarrollo. Lope de Vega fue uno de los primeros en sumarse a estas fiestas con dos piezas teatrales: *La Madre Teresa de Jesús*, que formó parte del proceso de divulgación que había de llevar a la beatificación, y la *Vida y muerte*, compuesta con motivo de su canonización con la intención de impulsar la devoción a una mujer admitida en el santoral¹⁹. Junto a las representaciones teatrales, las justas poéticas celebradas en Córdoba, Salamanca, Barcelona, Madrid, Valencia, Valladolid o Zaragoza convocaron a un sinnúmero de poetas encargados de recordar en variados versos la vida y milagros de la Santa²⁰.

¹⁸ De los actos que tuvieron lugar con motivo de la beatificación informa en su conjunto fray DIEGO DE SAN JOSÉ, *Compendio de las solenes fiestas que en toda España se hicieron en la beatificación de N. B. M. Teresa de Jesús*, Impreso en Madrid por la viuda de Alonso Martín, año 1615.

¹⁹ NICOLÁS MARÍN, *Teresa de Jesús en el teatro barroco*, en *Actas del Congreso Internacional Teresiano*, Salamanca, 4-7 octubre, 1982, II, op. cit., págs. 699-719; IGNACIO ELIZALDE, *Santa Teresa en la literatura: Teresa de Jesús, protagonista de la dramática española del siglo XVII*, en *Letras de Deusto*, 12 (1982), págs. 173-198.

²⁰ Para las justas poéticas celebradas en dicha fecha, véase JOSÉ SIMÓN DÍAZ, *Siglos de oro: Índice de justas poéticas*, Madrid, CSIC, 1962. Algunas de ellas han sido estudiadas por JOSÉ ROMERA CASTILLO, *Compendio literario en honor de Santa Teresa: notas de historia literaria sobre justas poéticas y representaciones teatrales*, en *Teresianum*, s.a. (1983), págs. 193-327; *Justa poética cordobesa en honor de Santa Teresa*, en *Santa Teresa y la literatura mística hispánica. Actas del I Congreso Internacional sobre Santa Teresa y la mística hispánica*, dir. MANUEL CRIADO DE VAL, Madrid, Edi-6, 1984, págs. 609-627, también recogido en el BRAE, LII (1982), págs. 97-118; *Justas poéticas valencianas en honor de Santa Teresa*, en *Letras de Deusto*, XII (1982), págs. 199-216.

En Zaragoza estos certámenes poéticos, que fomentaron además la difusión de la poesía culterana ²¹, se completan con unas fiestas eclesiásticas y militares en las que participa toda la ciudad manifestando su alegría y devoción por la Madre Teresa de Jesús. El retrato de las fiestas zaragozanas por su beatificación se debe al poeta gongorino Luis Díez de Aux y fue publicada con el título *Retrato de las fiestas a la beatificación de la madre Teresa de Jesús renovadora de la religión primitiva del Carmelo*, en 1615 por Lanaja y Quartanet, impresor del Reino y de la Universidad ²².

Su pluma, asidua en los certámenes poéticos zaragozanos y oscenses ²³, pinta en esta *relación de fiestas*, con los colores de la verdad y la justicia, como dice en el prólogo, el retrato animado de unas fiestas en las que los conventos del Carmelo, la nobleza, los

²¹ AURORA EGIDO, *Justas poéticas marianas en el Barroco aragonés*, en *María, fiel al espíritu. Su iconografía en Aragón de la Edad Media al Barroco*, Zaragoza, Museo Camón Aznar, 1998, págs 63-75, pág. 64.

²² La publicación de esta relación se vio favorecida por la concesión de una ayuda económica de las instituciones políticas de la ciudad, como agradecimiento al autor Díez de Aux por haber estado marginando y corrigiendo las pruebas de imprenta de la edición de los *Anales* de Zurita hecha en 1610, como explica ESPERANZA VELASCO DE LA PEÑA, *Impresores y libreros en Zaragoza: 1600-1650*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, págs. 53-54. Comenta brevemente la relación, FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *Fiestas y literatura en los Siglos de Oro: la Edad Media como asunto festivo (el caso del Quijote)*, en *Bulletin Hispanique*, LXXXIV, 3-4 (1982), págs. 291-327, y la estudia AURORA EGIDO, *Certámenes poéticos y arte efímero en la Universidad de Zaragoza (siglos XVI y XVII)*, en *Cinco estudios humanísticos para la Universidad de Zaragoza en su centenario IV*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1983, págs. 9-78, y LUCIEN CLARE, *La quintaine, la course de bague et le jeu des têtes. Étude historique et ethno-linguistique d'une famille de jeux équestres*, Paris, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1983, págs. 120-124, quien la compara con la descripción de Diego de San José y con la primera parte del poema de Felices de Cáceres. Cito la relación de Díez de Aux por el ejemplar de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, D-8-159.

²³ Para su obra, véase MIGUEL GÓMEZ URIEL, *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa aumentadas y refundidas en forma de diccionario bibliográfico-biográfico*, Zaragoza, Calisto Ariño, 1884-1886, pág. 394; JOSÉ MANUEL BLECUA, *La poesía aragonesa del Barroco*, Zaragoza, Guara, 1980, págs. 143-149, ofrece una breve aproximación a su vida y obra, destacando, por su valor poético, su versión de los *Himnos de Prudencio* (1619). Una visión mucho más completa brinda AURORA EGIDO, *Florilegio poético de la Universidad de Zaragoza en la muerte de su fundador. Pedro Cerbuna (1597)*, en *Memorial de la Universidad de Zaragoza por Pedro Cerbuna de Fonç en el IV centenario de su muerte, 1597-1997*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, págs. 159-172, págs. 163-165, a propósito de su participación como juez en el certamen por la muerte de Cerbuna.

labradores, los estudiantes y la ciudad en general se volcaron en cuerpo y alma. La relación se presenta como un retrato en el sentido pictórico del término y a lo largo de la misma el autor juega con la equiparación tan propia del Barroco de la página y el lienzo, la pluma y el pincel y el pintor-poeta ²⁴. Junto a la relación de la fiesta se incluyen, además, los poemas presentados y premiados en la justa poética así como los cuatro sermones magistrales predicados en los conventos de San José.

La noticia de la beatificación da pie para convocar en primer lugar un certamen poético con el fin de cantar y retratar en canciones, algunas con el molde exigido de Garcilaso, romances, octavas, tercetos, redondillas, liras, anagramas, jeroglíficos y otras modalidades emblemáticas las cualidades y perfecciones de Teresa de Jesús. Medias finas de seda negra de Toledo, guantes de polvillo, escapulatorios del Carmen o las mismas obras de Santa Teresa ricamente encuadernadas se reservan como premio para los mejores vates. Si los ingenios están llamados a mostrar así, en verso, su agudeza y devoción ante un jurado integrado, entre otros, por el mismo Luis Díez de Aux, la nobleza la descubrirá por la lanza. En estas fiestas caballerescas se aprecia la afición de los nobles aragoneses, hombres y mujeres, por un mundo ya caduco pero recuperado y vivo a través de los libros de caballerías y los poemas heroicos de tema caballeresco, en donde sin duda encontraron fuentes de inspiración para estos pasatiempos. Un mes antes de la fiesta religiosa, se fijó en el Coso zaragozano “un cartel, por cuyo tenor Don Juan de Funes y Villalpando, Señor de las Baronías de Quinto y Osera, con nombre del Cauallero de Ávila, desafiava a todos los cavalleros de este reino en honra desta Santa ilustrísima a las contiendas allí propuestas” (pág. 10). El firmante de este cartel *a lo divino* y patrocinador de la fiesta caballeresca era un nombre ilustre de la cultura zaragozana del momento, Juan de Funes y Villalpando, Marqués de Ossera, que destacó siempre por su actividad caballeresca, armando en 1625 doscientos vasallos suyos o capitaneando en 1634 y 1638 un lucido tercio de soldados en

²⁴ Estudiada por AURORA EGIDO, *La página y el lienzo: sobre las relaciones entre poesía y pintura en el Barroco*, discurso leído el día 10 de marzo de 1989 en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, Zaragoza, 1989.

Fuenterrabía, sin olvidar su participación en torneos, justas y sucesos de armas deportivos locales ²⁵. Como otros nobles aragoneses de la época, alternó las armas con las letras, fue estudioso de la historia de su linaje, cultivó la poesía y fundó una academia literaria de la que dan cuenta unas octavas de Juan de Moncayo fechadas en 1641 y estudiadas por Aurora Egido ²⁶. El certamen poético por la Cofradía de la sangre de Cristo, del que Felices de Cáceres da cuenta después de su poema heroico, así lo confirma, pues, además de ser su patrocinador, Juan de Funes y Villalpando participó en el mismo con unos tercetos ²⁷. En el cartel que ahora firma y de acuerdo con el tema de la fiesta, Funes y Villalpando se hace pasar por un caballero andante abulense, de ahí el sobrenombre 'Caballero de Ávila', empeñado en publicar por el mundo la honra de su supuesta patria y defender en Zaragoza, el 12 de octubre de 1614, la primacía de la Madre Teresa de Jesús en todo el orbe frente a otros santos que son sólo glorias locales. "Por lo cual en el ya señalado día, a tres lanças de sortija y dos de estafermo defenderá el Cauallero de Ávila su intención" (pág. 11).

Según se indica en el cartel, se proponen para la fiesta dos juegos caballerescos, la sortija y el estafermo, a través de los cuales la nobleza rivalizará más en pompa y accesorios que en fuerza y destreza en armas. Ambos juegos, practicados casi siempre juntos,

²⁵ Una semblanza de su vida traza LATASSA, *op. cit.*, 556-557. Formó parte de la cofradía de San Martín y San Miguel, a la que pertenecieron también otros nobles y académicos aragoneses. Recoge el dato, AURORA EGIDO, *Las cofradías zaragozanas del siglo XVII y su proyección literaria (con un escolio al Quijote)*, en *Les parentés fictives en Espagne (XV-XVII siècles)*, ed. AGUSTIN REDONDO, París, Publications de la Sorbonne, 1988, págs. 145-158, pág. 150, nota 22.

²⁶ Véase la edición de AURORA EGIDO de las *Rimas* de JUAN DE MONCAYO, Madrid, Espasa-Calpe, 1976, págs. 168-170, introd. pág. XXIV. Una aproximación a esta academia zaragozana de la que apenas se tiene noticia ofrece también AURORA EGIDO, *Las academias literarias de Zaragoza en el siglo XVII*, en *La literatura en Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1984, págs. 101-128, pág. 116. Mayor interés literario encierra, sin embargo, la obra de su hijo Francisco Jacinto de Funes y Villalpando, poeta y dramaturgo.

²⁷ En el certamen se incluyen unos tercetos del "Señor de Quinto a la devoción", págs. 386-389. En dicho certamen participan, entre otros, Juan Nadal o Luis Díez de Aux. Comenta la contienda poética AURORA EGIDO, *Las cofradías zaragozanas del siglo XVII y su proyección literaria (con un escolio al Quijote)*, pág. 148, quien señala que el cartel de la contienda, fechado en 1621, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 9572.

constituyen en sí mismos una fiesta caballeresca perfectamente definida en sus componentes básicos, tal y como ha estudiado Lucien Clare ²⁸. Su práctica, así como la organización de justas y torneos, fue habitual en tierras aragonesas hasta bien entrado el siglo xvii ²⁹ y lo sabía muy bien Cervantes cuando pensó encaminar a don Quijote a Zaragoza para participar en la justa de arnés. En la villa de Gelsa, p. e., en 1581 “El Vizentino Cauallero de Plaçencia de la Compañía del Duque de Parma” desafía a todos los caballeros que no le concedan que su dama es la más hermosa del mundo a tres “lanzas de sortija” en la plaza de la villa, requerimiento habitual en los desafíos caballerescos y el mismo que esgrime Funes de Villalpando en su cartel, aunque su señora en este caso sea una santa. La sortija inventada por Fernández de Avellaneda en su *Quijote* (cap. XI) ³⁰, publicado en Tarragona el mismo año de estas fiestas por la canonización de Teresa de Jesús, está sin lugar a dudas inspirada en estos pasatiempos que él, como aragonés, conocía

²⁸ *Correr la sortija* era un juego caballeresco popularizado a mediados del siglo xv y consistente en ensartar una lanza, corriendo a caballo, en un anillo pendiente de una cuerda tendida entre dos balcones. El juego del *estafermo*, de origen italiano, se introdujo, en cambio, en España más tardíamente, a mediados del xvi, y consistía, según la definición de Covarrubias, en la figura de un hombre armado con un escudo abrazado en la mano izquierda y en la derecha una correa con bolas pendientes o vejigas hinchadas. Esta figura, situada en un mástil giratorio, se colocaba en medio de una carrera y los caballeros habían de encontrarla con la lanza en el ristre. Para el origen y desarrollo de ambos juegos en España, véase el citado trabajo de LUCIEN CLARE.

²⁹ Da noticia de ellos AURORA EGIDO en su trabajo *Las cofradías zaragozanas del siglo xvii y su proyección literaria (con un esolío al Quijote)*, pág. 155 y sigs.; M^a CARMEN MARÍN PINA, *Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad moderna, en Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna. VIII Muestra de Documentación Histórica Aragonesa*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1996, págs. 109-118. La celebración de torneos en Zaragoza se extiende hasta bien entrado el siglo xvii. Uno de los más renombrados y mejor descritos es el torneo a caballo celebrado en 1630 por la llegada de la reina de Hungría y el rey Felipe IV a Zaragoza, descrito con detalle por Bartolomé Leonardo de Argensola en su relación en prosa, y en verso por Felices de Cáceres.

³⁰ ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, *Don Quijote de la Mancha*, ed. AGUSTÍN DEL SAZ, Barcelona, Juventud, 1980, pág. 102. La sortija organizada por don Álvaro Tarfe y otros caballeros zaragozanos y granadinos tiene lugar también en el Coso. La comentan, entre otros, AURORA EGIDO, *Las cofradías zaragozanas del siglo xvii*, pág. 157; MARTÍN DE RIQUER, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988, págs. 100-101. DANIEL EISENBERG, *op. cit.*, pág. 23, nota 48, explica la publicación del *Espejo de príncipes y caballeros* en Zaragoza en 1617-1623 como una reacción a la mofa de Zaragoza y los aragoneses en la segunda parte del *Quijote*.

bien, aunque, en palabras de Cervantes, fue “falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades” (II, LIX).

Don Juan de Funes y Villalpando se presenta, pues, en su cartel como un caballero mantenedor a la vieja usanza, encubierto bajo el sobrenombre del Caballero de Ávila y defendiendo la primacía de una sublimada dama, Santa Teresa, ante los demás, como en el mundo medieval o en los libros de caballerías sucediera. El desafío, en cualquier caso, se entiende como una fiesta y, teniendo en cuenta la caridad de la Santa, no se usará por ello del acostumbrado rigor en las condiciones exigidas para el combate ³¹. Para seguir también en algo su pobreza, se prohíbe sacar oro y plata si no es pintura y los adornos se reservan sólo para sombreros y espadas. Los premios se otorgarán al mejor hombre de armas, a la lanza de las damas, al más galán y a la mejor empresa y letra. Todos los premios anunciados: una muerte de plata, un retrato de la Santa, una cruz, un *Libro de la Vida*, unas disciplinas de oro y seda, una banda de seda leonada y plata, están en estrecha relación con la Santa y terminan de volver la fiesta caballeresca a lo divino. Para que la celebración corra por cauces estrictamente religiosos, se destierra de las empresas y letras el lascivo amor y la sensualidad reñida con la vida de Teresa de Jesús. El cartel concluye fijando la hora del encuentro, “desde las tres de la tarde lo que durare el sol sobre nuestro horizonte” (pág. 12), y señalando los jueces del desafío.

Junto a este cartel se fijó otro en el que el Doctor Francisco de Miravete, deseoso de mostrar también su devoción a la Santa,

³¹ Las condiciones estrictamente caballerescas son las siguientes: “El que perdiere la lança de la cuja, no la pu(e)siere en el ristre y del no la tornare a la pierna, encordelare, o perdiere el estrivo: pierde aquella lança para el precio donde hiziere alguna destas faltas. [...] Han de salir todos a la brida, dase lugar a que se corran lanças de afuera, podrá el que quisiere correr sólo a la sortija o sólo al estafermo y cuando solo fuere al estafermo, serán tres las lanças que avrá de correr, advirtiéndolo primero a los Señores Jueces, como también si ha de correr lanças de afuera” (pág. 11). Se especifica que han de salir todos a la brida, no a la jineta, es decir, han de emplear estribos largos y una silla de montar mucho más plana, una forma de correr la sortija que añade refinamiento y prestigio al juego, como explica LUCIEN CLARE, *op. cit.*, pág. 84; *Les deux façons de monter à cheval en Espagne et au Portugal pendant le Siècle d'Or*, en *Des chevaux et des hommes. Équitation et société. Actes du premier colloque Sciences sociales de l'équitation*. Avignon, 21-22 janvier 1988, Avignon, Caracole RMG, 1988, págs. 73-82.

ofrecía “diversos premios a los que con mejores invenciones, assí de máscaras como de carros triunfales y passeos, solemnizassen las fiestas públicas en los días allí señalados” (pág. 12). Presentado como “un hidalgo tartesio”, este noble aragonés “arroja este guante desafiando con él tanto al natural como al estrangero ingenio, pidiendo por armas disfraces de Ulises e invenciones de Colcos” (pág. 13). Los disfraces tendrán lugar el lunes seis de octubre, al día siguiente de la fiesta de la beatificación. En sus preparativos las fiestas se presentan ya gloriosas.

Como cualquier otro ceremonial cortesano, la práctica de estos juegos caballerescos está perfectamente reglada y se inserta en una fiesta orientada al espectáculo total donde la música, los juegos ecuestres, los desfiles de carros, las vistosas ropas y atavíos de las cuadrillas, “ne sont plus que des épisodes variés qui prennent place à l’interieur d’un scénario purement fantastique, nourri d’allégories, de récits poétiques, de tableaux mythologiques. C’est le triomphe du carrousel, prétexte au port des livrées éclatantes, des déguisements extravagants qui dépaysent acteurs et publics par l’évocation insistante de mondes fabuleux ou exotiques”³². El colorista espectáculo en su conjunto eclipsa de algún modo la competición estrictamente deportiva, la sortija y el estafermo en este caso, relegando a un segundo plano lo que en principio fue la génesis de la fiesta. La *relación* que después da cuenta escrita de la misma contribuye también a ello pues, siguiendo la poética del género, se detiene más en la descripción detallada de otros pormenores, como los vestidos de las damas asistentes o los de los caballeros participantes, los carros e invenciones, antes que en el relato, siempre lacónico, del juego caballeresco propiamente dicho³³.

La vida, milagros y muerte de la Santa, recreada por el mismo Díez de Aux “en versos que los ciegos pudiessen recitar y el vulgo

³² LUCIEN CLARE, *op. cit.*, pág. 71. Estas fiestas están en buena medida diseñadas con los modelos italianos de las fiestas de la corte florentina de los Médicis y la corte de Saboya en Turín.

³³ Es rasgo propio del género como comenta LUCIEN CLARE, *op. cit.*, pág. 122, y JOSÉ MARÍA DÍEZ BORQUE, *Los textos de la fiesta: 'ritualizaciones' celebrativas de la relación del juego de cañas*, en *La fiesta, la ceremonia y el rito. Coloquio Internacional. Granada, Palacio de la Madraza, 24/26-IX-1987*, Granada, Casa de Velásquez-Universidad de Granada, 1990, págs. 181-193, pág. 184.

entender” (pág. 13), abre finalmente el retrato de todas las celebraciones previstas para esta *octava*. Las iglesias de los Padres Descalzos y la de las Religiosas de su orden se adornan para la ocasión y sendas imágenes de la Santa, engalanadas con las joyas y aderezos de algunas mujeres de la nobleza zaragozana o de la misma Virgen del Pilar, galanuras todas ellas reñidas con la emblemática humildad de Teresa, hacen de ella la hermosa dama del mundo caballeresco por la que luchar. Destaca en el certamen poético la sección de jeroglíficos ³⁴, encaminados a exaltar, a través de dibujos y versos, la figura de Teresa de Jesús y a fijar su mundo en la memoria de los fieles. Figuran jeroglíficos tan enrevesados como el de Pedro Mongay, que Díez de Aux se ve obligado a explicar resumiendo la fábula ovidiana de Deucalión y Pirra, material erudito con el que enriquecer la calidad de la *relación* (pág. 38). A las ceremonias religiosas del primer día, sigue en el segundo la fiesta de disfraces anunciada en el famoso cartel del Caballero Tartesio, don Francisco de Miravete. La Universidad de Zaragoza se llevó parte del premio por la mascarada en la que los estudiantes desfilaron vestidos como don Quijote y Sancho y causaron gran regocijo y entretenimiento ³⁵. Para la ocasión se había ideado una suerte de aventura caballeresca en la que don Quijote y Sancho, fingiendo ser cazadores de

³⁴ Los jeroglíficos proliferan en las fiestas públicas, justas y academias del Barroco cumpliendo objetivos morales, sociales y decorativos, alejándose en general del hermetismo que los originara en el Renacimiento, como explica AURORA EGIDO, *La página y el lienzo*, art. cit., pág. 20. Véase, p. e., en la misma línea los estudiados por FERNANDO RODRÍGUEZ DE LA FLOR, «*Picta Poesis*»: un sermón en jeroglíficos, dedicado por Alonso de Ledesma a las fiestas de beatificación de San Ignacio, en 1610, en *Anales de Literatura Española*, 1, Universidad de Alicante, 1982, págs. 119-133. Como es habitual en estos casos y ha estudiado Víctor Infantes, *La presencia de una ausencia. La emblemática sin emblemas*, en *Literatura emblemática Hispánica. Actas del I Simposio Internacional (La Coruña, 14-17 de Septiembre, 1994)*, ed. SAGRARIO LÓPEZ POZA, La Coruña, Universidade da Coruña, 1996, págs. 93-109, pág. 102; la relación zaragozana no incluye la *pictura* de los jeroglíficos descritos.

³⁵ La estudia AURORA EGIDO, *Certámenes poéticos y arte efímero en la Universidad de Zaragoza (siglos XVI y XVII)*, págs. 39-41, reproduciendo en el apéndice II, págs. 74-78, el pasaje de la relación. En las fiestas cordobesas por la beatificación de la Santa aparece una *máscara a lo pícaro* en la que los estudiantes representaban otra nueva aventura no narrada en el texto cervantino; según rezaba el cartel de una orla, se trataba del “Desposorio de don Quijote y su amada Dulcinea”, véase JOSÉ ROMERA CASTILLO, *Justa poética cordobesa en honor de Santa Teresa*, pág. 627. Para la aparición de los héroes cervantinos por las mismas

demonios, los traían allí enjaulados en honor de la Santa Madre, hazaña rememorada en unos versos que dicen ser *La verdadera segunda parte del ingenioso don Quixote de la Mancha* (pág. 54), adelantándose con ello unos meses a la publicación de la original continuación cervantina y creando su propio *Quijote* apócrifo a la par que Avellaneda. Amén de su tono jocoso, de una visión aparentemente burlesca de la caballería, de la esencia carnavalesca de la mascarada, y aunque los demonios sean habituales en estas fiestas, la salida ideada por los estudiantes tiene también el esquema y tono de una aventura típica de los libros de caballerías leídos por la joven Teresa ³⁶.

El espectáculo militar comienza al día siguiente, martes, con la fiesta de los labradores. Una cuadrilla de nueve labradores ricos, “tan gallardos y robustos que pudieran competir con los de la fama” (pág. 58) y por supuesto emular a la refinada nobleza con sus nuevas libreas, corren con decoro una sortija en servicio de la Madre Teresa de Jesús. Tras visitar los conventos de San José, la lid tiene lugar entre la Muralla zaragoza y el puente real de Huerva, en una carrera improvisada rodeada de más de cien coches llenos de damas y señores haciendo las veces de balcones o miradores ³⁷. Para los días siguientes, miércoles, jueves y viernes, se reserva la lectura de

fechas en otras fiestas de la geografía española y americana, véase FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *La aventura frustrada: don Quijote como caballero aventurero*, en *Anales Cervantinos*, 3(1953), págs. 161-214; FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *Fiestas y literatura en los Siglos de Oro*, pág. 316, notas 79 y 80.

³⁶ Correspondería al tipo de aventura en la que el caballero lleva como presente a la dama al monstruo derrotado; recuérdese, p. e., cómo Primaleón lleva encadenado al Gran Patagón a Gridonia (véase *Primaleón*, ed. M^a CARMEN MARÍN PINA, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998, cap. CXXXVI, pág. 334). El demonio, al que los moralistas atribuyen incitar a las doncellas a la lectura de estos libros de caballerías —recuérdese el testimonio del P. Ribera antes citado—, aparece también en muchas aventuras en forma de terribles engendros, espantables visiones o hermosas doncellas como en el caso del *Cristalián de España* (1545) de BEATRIZ BERNAL. Por citar tan sólo dos ejemplos de este libro, véase el episodio de Lindedel y la doncella Laudina (cap. VIII) y la aventura de Lindedel en busca de la hierba mágica del monte Abisando (cap. CXXXV).

³⁷ En esencia estos juegos caballerescos no son propios de labradores, pero los practican cuando hay ocasión y responden a un deseo de hacer suyos los pasatiempos cortesanos. Con motivo también de la beatificación de Santa Teresa, el gremio de los alpargateros de Tortosa organiza en el Ebro una sortija, sustituyendo en tal caso los caballos por barcas, como recuerda LUCIEN CLARE, *op. cit.*, pág. 59.

los versos del certamen poético, destacándose en algunos de ellos el espíritu varonil y heroico que Santa Teresa defendía para sí y para sus monjas en las *Moradas* ³⁸. Pero la gran fiesta caballerescas llega el domingo doce de octubre cuando el Caballero de Ávila parte de la plaza del convento de Santa Engracia en busca de aventuras por las calles zaragozanas. En su andadura pasa primero por delante de la iglesia de las Descalzas y hace con la lanza una gran reverencia a la Santa Madre Teresa, dueña de su empresa (pág. 138), quien acude en su socorro obrando dos milagros entre los asistentes antes de empezar la lid. Tras el mantenedor, “que más parecía hijo de Júpiter que cauallero de Ávila” (pág. 141), aparecieron los aventureros, uno y otros con sus correspondientes letras y jeroglíficos.

La sortija y el estafermo tienen lugar, como ya se ha dicho, en el Coso, delante del palacio del Virrey y lugar habitual para celebrar estos juegos. Cuando se empiezan a correr las lanzas, el escenario caballeresco comienza a llenarse de maravillas, de gigantes, peñas supuestamente encantadas y profetisas como la sibila Cumana, quien recuerda haber profetizado ya en sus libros la beatificación de Teresa de Jesús. Como en los libros de caballerías, la maga sibila oficia de maestresala, dirige la sesión y trae a escena cuatro caballeros aragoneses encubiertos con mascarillas que fingen ser cuatro caballeros franceses venidos para correr con el mantenedor la sortija y las lanzas de estafermo (pág. 144). La fiesta ha comenzado en todo su esplendor y gana en color y exotismo con la entrada de seis caballeros guacamayos y un carro triunfal repleto de truenos, relámpagos y rayos de gran artificio y en cuyo trono figuraba un rey guacamayo. Bajo los disfraces de estos nuevos aventureros se esconde igualmente la flor y nata de la nobleza aragonesa, que corrió lanzas hasta ponerse el sol. Si la descripción de los vestidos y atavíos de los asistentes y de los caballeros participantes es completa, no cabe decir lo mismo de la del combate, evitada por el autor, según expresa declaración, para no repetirse. Una encamisada

³⁸ Así lo aconsejaba en las *Moradas* (segundas moradas, 1,6) y en *Camino de Perfección*, 11,8. Véanse, p. e., los tercetos de don Miguel Batista de Lanuza (pág. 65), los del Doctor Martín Hernando Ezquerro (pág. 66) o los del vejamen (pág. 107), donde se presenta a la Santa como un caballero: “como dáis de hombre señales, / ya sé que os dessean servir / muchas damas principales. / Vuestro amor me causa risa, / que con todas os gozáis / y por premio y por divisa, / me dizen que las dexáis / descaldas y sin camisa” (pág. 107).

ante el pilar y una comedia ponen fin a estas fiestas, en origen religiosas, retratadas por Díez de Aux.

La beatificación de la Madre Teresa de Jesús fue un motivo para que la ciudad entera celebrara a lo largo de ocho días unas fiestas con las que demostrar su alegría y devoción por la Santa, pero a la vez un pretexto gracias al cual la nobleza aragonesa pudo crear un espectáculo en el que exhibir sus mejores galas, su genio poético y su esfuerzo heroico. Si en el certamen poético resuena el eco de la poesía de la época, en la fiesta caballeresca se dejan sentir las huellas de la tradición caballeresca vuelta a lo divino, en una mezcla sacro-profana habitual en este tipo de festejos.

«EL CAUALLERO DE ÁVILA». POR LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

La relación de la fiesta de Díez de Aux sirvió sin duda al joven poeta bilbilitano Felices de Cáceres para componer después, cuando contaba veintidós años, su poema titulado *El Cavallero de Ávila. Por la Santa Madre Teresa de Jesús*, publicado en Zaragoza, en 1623, por Diego Latorre ³⁹. La obra es una pieza primeriza de un poeta que participa después activamente en los certámenes poéticos ⁴⁰ de la ciudad, que recibe los elogios de Uztaaroz, de Fray Jerónimo de San José o del mismo Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, así como también las críticas de los anticulteranos. El poema con el que Felices de Cáceres quiere honrar a la Santa está dedicado a doña María Francisca Climente y Henríquez, primera esposa de Juan de

³⁹ Cito por la edición que se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, D-62-11. El ejemplar presenta varias páginas manuscritas. Para el impresor Diego de La Torre, véase ESPERANZA VELASCO DE LA PEÑA, *op. cit.*, págs. 173-177.

⁴⁰ LATASSA, *op. cit.*, pág. 483, recoge las siguientes obras: *La Justa poética por la Virgen Santísima del Pilar. Celebración de su insigne Cofradía*, Zaragoza, Diego Latorre, 1629, y estudiada por AURORA EGIDO, *Justas poéticas marianas en el Barroco aragonés*, *art. cit.*, págs. 65-68; *Torneo de á cavallo, en campo abierto, que celebró la Ciudad de Çaragoça, en la venida de la Sereníssima Reyna de Vngría*, Zaragoza, Diego Latorre, 1630. A ello se suman diferentes comedias que, en palabras del cronista Andrés de Uztaaroz, recibieron especial elogio, así como numerosos versos en diversos certámenes. Una breve reseña de su obra ofrece también JOSÉ MANUEL BLECUA, *op. cit.*, págs. 123-124. La lengua poética de este poeta bilbilitano, y en concreto la obra que nos ocupa, ha sido estudiada por AURORA EGIDO, *La poesía aragonesa del siglo XVII: raíces culteranas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979.

Funes Villalpando, el Caballero de Ávila, protagonista de las fiestas caballerescas que inspiran sus enrevesados versos. Como reza el título, *El Cavallero de Ávila* es un poema heroico protagonizado por este noble zaragozano, está dividido en dos partes y compuesto de once cantos en octavas, el metro propio del género adoptado en las traducciones de Ariosto y Virgilio. El argumento se lo brinda, como aconsejaba Tasso ⁴¹, la historia, pero en este caso la historia más inmediata y próxima en la que la fe y el heroísmo de los zaragozanos se dan la mano, una historia festiva de la que él mismo fue testigo de vista cuando niño y de la que dan cuenta las relaciones coetáneas.

El poema en cuestión está dividido, como se ha dicho, en dos partes no numeradas. La primera, referida a la beatificación de Santa Teresa, se dispone en siete cantos en los que se resume en abigarrados versos gongorinos la relación de Díez de Aux ya comentada, si bien Felices de Cáceres se centra exclusivamente en la fiesta caballeresca y de disfraces. En el canto tercero describe el escenario caballeresco de la misma:

Dos carreras se hizieron en el Cosso
Que frontero del trenque començavan,
Y con nivel al puesto artificioso

⁴¹ Véase JOAQUÍN ARCE, *Tasso y la poesía española: repercusión literaria y confrontación lingüística*, Barcelona, Planeta, 1973, pág. 35. Según explica en sus *Discorsi dei poema eroico* (1594), el argumento ha de tomarse de la historia, “la cual no ha de ser ni demasiado remota ni muy próxima, para que sea comprensible aunque se introduzcan alteraciones”, pág. 96. Hacia el fin del periodo comprendido entre 1550-1600 es cuando se deja sentir la influencia de Tasso en poetas como Cristóbal de Mesa, de quien se ocupa GIOVANNI CARAVAGGI, *Studi sull'epica ispanica del Rinascimento*, Pisa, Università di Pisa, 1974. La temática de la poesía heroica es, sin embargo, muy variada, como confirman los textos conservados y explica FRANK PIERCE, *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1961, pág. 215, y posteriormente en su trabajo *La poesía épica española del Siglo de Oro*, en *Edad de Oro*, IV (1985), págs. 87-105. Un replanteamiento de algunas consideraciones de Pierce brinda JOSÉ LARA GARRIDO en su excelente estudio *Los mejores plectros: teoría y práctica de la épica culta en el Siglo de Oro*, Málaga, Analecta Malacitana, 1999. Para la épica culta española véase también el completo estudio preliminar de M^a TERESA GONZÁLEZ DE GARAY a su edición del *Poema heroico de la Invención de la Cruz por el Emperador Constantino Magno*, de LÓPEZ DE ZÁRATE, cuya primera redacción data de 1615 aunque vería la luz impresa en 1648, recogido en el tomo IX de su tesis doctoral *Edición crítica de las poesías completas de Francisco López de Zárate con un estudio de su lengua poética*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones, 1988, cap. II, págs. 2414-2465, publicada en microfichas.

De allí hasta San Francisco dilatavan:
En el lugar más noble y espacioso,
A vista del Virrey, predominavan,
Como amapola entre crecidas mieses,
Sobervios la sortija los cipreses.
Con el mismo concierto al mismo lado
El estafermo pareció compuesto,
Que a la casa y sortija nivelado
Por el suyo quedava en recto opuesto (págs. 90-91).

Los gigantes “parto de los remotos oriçontes” (pág. 119), la peña portátil, la sibila Cumana, los caballeros franceses y los guacamayos desfilan también por los versos de Felices de Cáceres siguiendo fielmente el retrato de la fiesta de Díez de Aux, aunque se recrea mucho más en la descripción de los encuentros caballerescos propiamente dichos, en los movimientos de los caballos y los golpes de los caballeros.

La segunda parte, en cuatro cantos, está dedicada a la canonización de la Santa que tuvo lugar en 1622. La ciudad de Zaragoza vuelve a mostrarle de nuevo su devoción con otra fiesta caballeresca, en este caso un torneo a caballo organizado por el Caballero de Laura, don Martín Abarca de Bolea y Castro, Marqués de Torres, Caballero de la Orden de Santiago y uno de los aragoneses más sobresalientes de su época por su actuación destacada en la política ⁴². Sus cargos políticos le dejaron tiempo, sin embargo, para estos recreos caballerescos a los que la familia desde antaño era muy aficionada, como lo demuestra la vida y obra de su tío Jerónimo Jiménez de Urrea, traductor del *Orlando furioso* de Ariosto, autor

⁴² Martín Abarca de Bolea y Castro desempeñó el cargo de Gentilhombre de la boca del Rey Felipe III, fue Diputado de Nobles en el año 1610 cuando se ejecutó la expulsión de los moriscos, Diputado y Mayordomo, primer Caballerizo y Superintendente de obras y bosques de Felipe IV, como recuerda M^a DE LOS ÁNGELES CAMPO GUIRAL, *Doña Ana Francisca Abarca de Bolea*, Zaragoza, Departamento de Cultura y Educación, 1993, págs. 15-22; págs. 51-52. Se casó con doña Ana Catalina Pérez de Almanzán y Heredia, señora de Maella, la marquesa de Torres citada por Felices de Cáceres en el poema, y protegió a su hermana la escritora Doña Ana Fancisca de Bolea. Pertenecía, pues, a un ilustre linaje aragonés, los Abarca de Bolea, si bien no heredó las aficiones literarias de su padre, don Martín Abarca de Bolea y Castro (1554-1616), quien fue elogiado por Lope, Gracián o Uztaaroz como poeta; para su vida y obra, véase M^a DE LOS ÁNGELES CAMPO GUIRAL, *op. cit.*, págs. 15-22.

del *Diálogo de la verdadera honra militar* y del libro de caballerías *Clarisel de las Flores* que tanto circuló manuscrito, o la de su propio padre, el barón de Torres, quien compuso, entre otras obras, el poema heroico *Orlando determinado* y reeditó en Madrid el citado diálogo de Urrea. El primer marqués de Torres si no hereda el genio poético de sus antecesores, sigue sus mismas aficiones caballerescas y organiza este torneo al que se presenta encubierto bajo el sobrenombre de Caballero de Laura, quizá tomado del apellido con que se conoce al héroe caballeresco creado por Antonio de Torquemada, Olivante de Laura (Barcelona, 1564)⁴³.

La propuesta del Caballero de Laura para honrar a la Santa, según se relata en el canto VIII, no es otra que un “Torneo de a cavallo abiertamente / sustentando a los braços más guerreros, / a un encuentro de lança assegurada, / de maça a un golpe, y cuatro de la espada” (pág. 251) por la señora más principal, la Virgen María, “su princessa soberana” (pág. 249), a la que venera, adora y sirve con las armas. En el cartel se especifican las leyes y condiciones del combate, entre las que se incluye la obligación de presentarse todos los aventureros con una empresa o letra, así como los precios generales, premios que reciben una interpretación alegórica en la pluma de Felices de Cáceres. Entre los mismos figura, p. e., una espada de torear para el mejor golpe de espada (“con excelentes / virtudes, que obran solo en ocasiones, / cual dignas de sus filos sus liciones”, pág. 254, en recuerdo de esas espadas mágicas de los libros de caballerías), un corazón (“Al mejor hombre de armas, la firmeza / denotando de aquel que le ganare, / de plata un corazón,

⁴³ El apellido Laura responde al lugar en el que se cría Olivante: “En la isla de Laura, que está en el mar de Levante, cerca de las tierras del Soldán de Babilonia”, ANTONIO DE TORQUEMADA, *Obras completas*, II. *Olivante de Laura*, ed. de ISABEL MUGURUZA, Madrid, Biblioteca Castro, 1997, pág. 70. En la biblioteca familiar de los Abarca de Bolea sin duda figuraban libros de caballerías. Para la redacción del *Orlando determinado* (Lérida, 1578), su padre Martín Abarca de Bolea y Castro manejó no sólo la obra de Ariosto sino también el *Espejo de cavallerías*, del que toma abundante material, como ha demostrado MAXIME CHEVALIER, *L'Ariosto en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du "Roland Furieux"*, Bordeaux, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1966, pág. 172. La biblioteca de esta rama de la familia parece ser que fue espléndida. En 1654, tras la muerte de su hijo Luis Abarca de Bolea, Gracián escribe a Lastanosa: “Aquí se vende la librería del Marqués de Torres: en ella hay de todo...”, citado por M^a DE LOS ÁNGELES CAMPO GUIRAL, pág. 95.

su fortaleza / es bien que desde luego le prepare”, pág. 254) o un espejo (“Al más galán, el cristalino espejo / a quien la rica guarnición reviste / exortando a prudencia en su reflexo, / que en conocerse a sí solo consiste” pág. 255). Las obras de Santa Teresa se reservan como premio en este caso “Al que [en la acción] en sí más estuviere”. El cartel está firmado, en Zaragoza, el 26 de julio de 1622, por don Martín Abarca de Bolea y Castro.

El poema describe seguidamente las damas asistentes al torneo, asomadas a los balcones miradores con sus vestidos y atavíos coloristas, así como los caballeros participantes. Clarines, atabales y trompetas anuncian la entrada en primer lugar del mantenedor, el Caballero de Laura, con sus padrinos y su vistoso séquito, incluido un carro en el que aparece una ermita “Y con Jesús allí Teresa hermosa / como que a entrambos el amor desposa” (pág. 269). A la llamada del mantenedor responden en el canto noveno los primeros aventureros, el Caballero de Ávila y el Caballero de las Claras Fuentes. En la comitiva del primero aparece “un carro o un castillo / tan bien fortalecido de murallas / que no puede el desseo combatillo” (pág. 280). Destruído el castillo quedan unos arcos enramados repletos de versos, jeroglíficos y emblemas rodeando una imagen de la Santa escritora, de cuya pluma salen cuatro caños de agua que riegan las cuatro partes del mundo, representando “Que todo lo que el mundo esteriliza, Teresa con su pluma fertiliza” (pág. 293), es decir, la supremacía de la Santa en todo el orbe tal y como defendía el de Ávila en la fiesta de su beatificación. Cuatro coplas cantan el enfrentamiento entre el Caballero de Laura y el de Ávila que se salda con la victoria compartida de los dos: “Y si el mantenedor quedó glorioso, / venció Esperança el de Ávila famoso” (pág. 301).

El Caballero de las Claras Fuentes toma seguidamente el relevo e introduce en la plaza una misteriosa peña, una sierpe montada por un mago, un paje de lanza y un gigantón de insuperable altura, una escenografía propia de las sesiones de magia de los libros de caballerías y habitual en estas fiestas. Acompañado de sus padrinos, el Caballero de las Claras Fuentes, don Juan de Heredia, se presenta como un cautivo de amor y se lamenta ante la Fama de no haber visto antes sus altares por “verse suspendido / en los rayos de la luz de Cintia honesta” (pág. 305). El combate con el de Laura resulta igualado y el juez reparte premios entre los dos.

El canto décimo prosigue la descripción de la fiesta narrando la comparecencia del Caballero de Lucinda, el Caballero Celtiverio, el Caballero del Sol y Torrellas, dispuestos a enfrentarse con el de Laura. El Coso caballeresco se llena una vez más de fantásticas tramoyas (montañas, cuevas y volcanes) repletas de sorpresas, de carros con diferentes imágenes de la Santa, de exóticos personajes como indios tocados de plumas, enanos arrastrando elefantes y caballeros a la vieja usanza acompañados de sus padrinos, todo ello en esa mixtura sacro-profana ya comentada. El amor es el impulso que guía a todos estos caballeros a acometer sus gestas. La religión de amor que profesan ha de entenderse en este caso en sentido estricto, pues todos ellos adoran y sirven a la Virgen María o a Santa Teresa siendo este el amor que intentan despertar y transmitir con estas fiestas a hombres y mujeres. Este es el verdadero amor, el que redime y el que da fuerza, el que ha evitado al Caballero Celtiverio (don Martín de Alagón), según confesión propia, traspasar los umbrales del dantesco y cancioneril infierno de amor.

El relato de la fiesta concluye en el canto undécimo con la entrega de premios a los caballeros participantes que descubren ahora su verdadera identidad. Martín de Bolea, Juan de Villalpando, Juan de Heredia, Lupercio Contamina y Martín de Alagón, entre otros, pertenecen a la más rancia nobleza aragonesa aficionada desde antaño a estos saraos caballerescos, a la celebración de torneos y justas dispuestos por la Cofradía de San Jorge ⁴⁴ o bien organizados con motivo de entradas regias o celebraciones religiosas similares a esta. Como no podía ser de otro modo, el poema concluye con una exaltación de la vida de la Santa a cargo de su más fiel servidor, el Caballero de Ávila, quien la presenta como camino de perfección para llegar a Dios y a cuya protección se encomienda. Resulta difícil saber si Felices de Cáceres recoge en estos versos el espíritu de los metros pergeñados por el también poeta gongorino

⁴⁴ Véase al respecto MÁXIMO PASCUAL DE QUINTO, *La nobleza de Aragón: historia de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza*, Zaragoza, 1916, cap. V, Justas y torneos de la cofradía, págs. 151-178. En principio, y según la reglamentación aprobada en 1505, estaba fijado justar diez veces al año, una cada mes excepto febrero y marzo por ser tiempo de cuaresma; en el siglo XVII el número de torneos se reduce a uno. Para las actividades de la misma, véase el citado artículo AURORA EGIDO, *Las cofradías zaragozanas del siglo XVII y su proyección literaria (con un escolio al Quijote)*".

Funes de Villalpando, si los parafrasea o recrea, lo cierto es que en ellos se traza una breve semblanza de Teresa de Jesús que acerca el texto a los poemas heroicos de Pablo Verdugo de la Cueva (1615) y de Bartolomé de Segura (1619) referidos a la vida de la Santa ⁴⁵.

El Caballero de Ávila. Por la Madre Teresa de Jesús es, como otros tantos del género, un poema heroico de difícil clasificación. Al ser la historia local su fuente de inspiración, y en concreto unas fiestas caballeresco-religiosas, el poema se sitúa en una encrucijada temática y resulta híbrido en su contendio ⁴⁶. El título adelanta en principio un poema heroico de tema caballeresco en el que el Caballero de Ávila brinda sus servicios a la Santa para celebrar su beatificación y canonización, razón por la cual el poema cobra en último término un claro sesgo religioso. Por eso poco tiene que ver con *Orlando determinado*, *Celidón de Iberia* o *Florando de Castilla*, los poemas caballerescos de Martín Abarca de Bolea, Gonzalo Gómez de Luque o Jerónimo de Huerta, compuestos a partir de material ariostesco o estrictamente caballeresco ⁴⁷, y poco con los poemas religiosos referidos a la vida de la Santa antes citados. Al estar inspirado en la historia coetánea, en las gestas locales de estos caballeros aragoneses, el poema de Felices de Cáceres resulta en último término una *relación* en verso, en octava rima, de las fiestas militares organizadas por la nobleza zaragozana para conmemorar la beatificación y canonización de Santa Teresa.

En cualquier caso, *El Cavallero de Ávila. Por la Santa Madre Teresa de Jesús* de Felices de Cáceres nada tiene que ver, como puede comprobarse, con el supuesto libro de caballerías escrito por

⁴⁵ Para la descripción de los mismos, véase FRANK PIERCE, *op. cit.*, págs. 348 y 351, respectivamente. *El Caballero de Ávila* aparece incluido en su catálogo, págs. 351-352, pero no lo comenta.

⁴⁶ Como explica FRANK PIERCE, *La poesía épica española del Siglo de Oro*, pág. 99, “muchos poemas (incluso algunos de corte tassesco) son al mismo tiempo históricos y religiosos en el tono y la intención”, y entre ellos incluye los referidos a la Santa.

⁴⁷ Los estudia MAXIME CHEVALIER, *op. cit.*, págs. 170-187. Para la tradición ariostesca en el Renacimiento español, véanse los estudios de ESTHER LACADENA, *Nacionalismo y alegoría en la épica española: “La Angélica” de Barahona de Soto*, Zaragoza, Departamento de Literatura, 1980, en concreto el cap. IV, y, más en relación con la narrativa caballeresca, JAVIER GÓMEZ-MONTERO, *Literatura caballeresca en España e Italia (1438-1542). El espejo de cavallerías (Deconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen, Niemeyer, 1992.

la joven Teresa. Como se especifica ya en el título, es un poema heroico y con la épica culta ha de relacionarse, tanto con los poemas heroicos de tema caballeresco como con los de asunto histórico y religioso, en cuya citada encrucijada temática se encuentra. Con su culterano poema, Felices de Cáceres dio cuenta de unas esplendorosas fiestas caballerescas que sin duda habrían sido del agrado de Santa Teresa aficionada como fue, el menos en su juventud, a estos lances a través de la lectura de los criticados, perseguidos y muy leídos libros de caballerías.

M^a CARMEN MARÍN PINA

Universidad de Zaragoza.